

Santiago, 22 de junio del 2022

Discurso del Rector Ennio Vivaldi en la ceremonia de Asunción de la Rectora Rosa Devés

Agradezco a la Universidad de Chile por estos ocho años que resignificaron mi vida. También por todo lo vivido en ella y con ella, y por su rol fundamental en construir esta patria que habitamos y queremos.

Confieso que nunca pude ni quise cambiar esa idea de universidad que comencé a configurar a los 17 años. Una valoración cándida de los saberes, construida a partir embelesos inesperados, por ejemplo, del placer visceral de aprehender la belleza de la idea de derivada; asumir que el mecanismo de la evolución por selección natural es tan ciego como lúcido; o redimensionar las lecturas previas de *Residencia en la Tierra*, *Romancero Gitano* o *Poemas y Antipoemas*. Y, más tarde, ese mensaje que parece venir del universo invitando a hacer investigación científica. Eso convergía con un compromiso social que, en la Universidad, aparecía naturalmente entrelazado a estos saberes: los lactantes desnutridos en los consultorios periféricos o la superposición de la historia de la Facultad con la de la medicina chilena. En ese ámbito cada generación tendrá su historia que contar. Para la mía, era haber presenciado como niño atónito las marchas de los mineros del carbón, las que quizás después se confundirían con las novelas de Émile Zola y los cuentos de Baldomero Lillo; haber sido parte en los sesenta y comienzos de los setenta del movimiento estudiantil en el Liceo de Concepción; y, después, de la Reforma Universitaria, de una generación de estudiantes que se sentía parte de una historia popular y una promesa de grandes cambios.

La Universidad de Chile, en cuanto institución y comunidad, asumía al país, conjugaba saberes y responsabilidad social.

Pero confieso que nunca hubiera entendido cabalmente lo que era la Universidad de Chile si no hubiera tenido la vivencia de esos años en que no la dejaban seguir siendo lo que sus rasgos definitorios le exigían que fuera.

Al igual que tantos de mi generación, nunca pude reemplazar esa idea de universidad como lugar de felicidad intelectual y compromiso social por las redefiniciones que, desde 1973, buscaban tergiversar, con reduccionismo y primitivismo inéditos, la interacción entre seres humanos. Y nuestra negativa a aceptar esa forma de entender la sociedad parecía condenarnos a soñar etéreamente con Dulcinea en vez de casarnos ventajosamente con Aldonza. Hasta que, gracias a que hubo un 1997 y un 2010, en 2014 nos parecía de nuevo posible traer a la realidad a Dulcinea, y es en ese momento y en ese contexto en que empieza esta rectoría.

Decidimos que debíamos posicionar a la Universidad en dos ejes. Uno era el público-privado. Lo público era denostado como necesariamente inferior y el interés privado debía motivar el ascenso social y hacer progresar al país. Una mejor educación dependería de la capacidad de pago. Este modelo resultó que no solo era éticamente recusable, sino que no funcionó. Más aún, cuestionaba la idea de bien común, nuestra vocación como Universidad.

Había que demostrar que era posible participar en la vida nacional sin representar intereses de grupos privados. Nunca nos confrontamos políticamente con ninguno de los tres gobiernos, ni con ningún personero político o religioso, a diferencia de universidades privadas que sí lo hicieron en temas ideológicamente sensibles para sus propietarios. Mencionemos como otros ejemplos que diferencian ambas lógicas que las universidades públicas no dejan de impartir una carrera por razones de mercado, ni suspenden o exponen a sus estudiantes por atraso en el pago de aranceles.

El segundo eje era el de competencia-colaboración. Buscaría reconstruir el sistema de universidades públicas. En el Consorcio que las agrupa, que presidimos, la cooperación y solidaridad reemplazaron a la competencia y rivalidad. Se imponen una cultura de trabajo en red y una identidad como garantes del bien común regional y nacional. Dijimos “O todos o ninguno”.

Obtuvimos grandes avances en la discusión parlamentaria, a pesar de la lógica imperante que indicaba a diputados y senadores que, del total de sus votantes directa o indirectamente vinculados a la educación superior, 85% lo estaba con la privada y solo 15% con la pública. Obtuvimos la promulgación de la Ley de las Universidades del Estado, el Fondo de Fortalecimiento y el Consejo Coordinador. Ese último logro permitirá, por ejemplo, que la sinergia entre lo asistencial y lo académico sustituyera la visión mercantilista que se limita a licitar camas.

En lo que respecta a nuestro Hospital, logramos apoyo parlamentario transversal para glosas que nos permitieron mantener equipamiento básico.

Agradezco el gesto histórico del presidente Boric en la ceremonia en la que se le investió como Patrono, Su voluntad de abordar el problema de fondo del hospital mediante un proyecto de ley que lo resitúe dentro del sistema público de salud, reconociendo su condición de referente nacional de alta complejidad, su territorialidad y su carácter académico. Sabemos que, a pesar del esfuerzo presupuestario que nos significa, nuestra universidad nunca va a dejar de cumplir con el rol público ni con la formación de especialistas, esencial también para las clínicas privadas. Sin embargo, debo decirlo con dolor, por años las autoridades sectoriales se negaron a asumir los problemas del Hospital. En vez de valorar nuestra explícita adhesión y la certeza de que íbamos a estar ahí no importa qué, como ocurrió en pandemia, las autoridades parecían indolentemente razonar “por qué, si igual podemos tenerlos a cambio de nada, habríamos de darles algo”.

Es por eso que el gesto del presidente Boric debe ser valorado por su impacto en la salud del país y por su importancia para la estabilidad presupuestaria de nuestra universidad, pero,

sobre todo, debemos valorarlo por su profundo sentido moral. No se puede abusar de los servidores públicos que se saben incondicionalmente leales, el país debe dar la mano a quienes no dejaron de cumplir con su deber, aun en las condiciones más adversas. Presidente, pienso que es esta dimensión ética la que le da una connotación excepcionalmente valiosa a su gesto. Muchas gracias.

La semana pasada di una cuenta pública a nuestros tres cuerpos colegiados. Agradezco los muchos comentarios generosos. Me emociona muy especialmente recordar las reacciones de estudiantes. Una estudiante me dijo: “(...) creo que siempre que la Universidad de Chile tuvo que estar a la altura de Chile, lo estuvo. Cuando Chile necesitó de la Universidad de Chile, ella estuvo dispuesta. Creo que quedó muy plasmado en lo que fue el estallido social, en lo que fue la apertura del proceso constituyente... No hubo dudas, usted no vaciló para poner a disposición esta casa de estudios para nuestro país (...) Así que agradezco profundamente porque eso es lo que a mí me hace estar orgullosa de ser parte de esta casa de estudios. Es lo que hizo que yo escogiera esta casa de estudios y no otra (...)” Soy yo quien agradece esas palabras. Nada más valioso para nosotros que contribuir a devolverles a las nuevas generaciones un espacio público para que construyan libremente su futuro.

Al asumir la rectoría, preguntábamos en este mismo Salón de Honor: “(...) dado que nuestra Universidad es parte del Estado de Chile, ¿qué quiere hacer Chile con esta Universidad que le pertenece? ¿Para qué la quiere?”. Ocho años después, la respuesta parece evidente: Chile quiere un nuevo modelo de sociedad y una nueva Constitución, y que esta Universidad participe de esa tarea.

Tras el estallido y durante el nuevo proceso constituyente, la Universidad asumió responsablemente el rol que Chile requería de ella. Adriana Valdés, Presidenta del Instituto de Chile, en junio de 2021, con percepción y talento expresivo, escribe: “Nuestra patria se fotografió en el preciso momento que estamos viviendo. En esa foto, la presidenta de la Convención tuvo a su derecha al rector de la Universidad de Chile y a su izquierda a su propio vicepresidente. Tras ellos tres, la gran estatua de Andrés Bello, cuyos mármoles iluminaban y protegían a la presidenta elegida democráticamente”.

Lo medular en lo que se confrontan la Constitución impuesta en dictadura y la que queremos escribir hoy es la valoración de lo público. Esa controversia ha sido transparente en la discusión sobre el concepto de universidad pública, pues, tras esquilmarla por décadas y hacerla competir en desventaja, solo faltaba arrebatarle el nombre. Tergiversar este concepto, consciente o inconscientemente, representa perpetuar el legado de dictadura.

Las políticas que rigen al país resultan relevantes para nuestros problemas internos e inciden en la desigualdad de recursos según áreas del saber.

La creación de la Vicerrectoría de Asuntos Estudiantiles y Comunitarios buscaba reforzar nuestro espacio de relaciones, con la participación de la comunidad y el buen vivir universitario. En conjunto con el Senado, se sistematizaron idearios que cambian la vida en la Universidad: políticas de Buenas Prácticas Laborales, de Carrera Funcionaria, de Género, de Pueblos Indígenas, de Sustentabilidad, de Equidad e Inclusión.

¿Cómo entendemos las acciones de fuerza evitables que afectan la convivencia entre los estamentos y al interior de ellos, que inciden en la calidad de los procesos formativos, que son usadas por quienes quieren atacar y desprestigiar a nuestra Universidad y que no se condicen con la responsabilidad que reclama el momento político del país? Para enfrentarla hemos de convocar a la comunidad toda. Sin embargo, para poder doblegar la violencia debemos entender sus causas. Es frecuente que se hable de ella como una instalación mágica, quizás como alguna vez se creyó en la generación espontánea. Si se creyó que las larvas surgen de material inerte, fue precisamente porque a simple vista no se ven los huevos de donde emergen las larvas ni mucho menos su ADN.

Quizás parte del clima que afecta hoy al país visibiliza conflictos largamente latentes. Quizás son siglos de identidades inciertas, tal como sugiere el trabajo de Gabriel Salazar, José Bengoa, Sonia Montecino, Manuel Canales, entre otros. Quizás habría que repasar cuidadosamente el libro recién editado por el Archivo Central y la Vicerrectoría de Extensión

que recopila las fotografías de la exposición de 1960 *Rostró de Chile* y, al hacerlo, tener en mente el formidable título de esa obra de Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*.

Serán también contribuciones valiosas para la superación de la violencia el Polo Cultural y el de Políticas Públicas en Plaza Italia. A la red de museos y conjuntos estables, se añadirá la nueva sala de conciertos y Vicuña Mackenna 39 con el Museo Violeta Parra.

La nueva Vicerrectoría de Tecnologías de la Información ha impulsado el modelo educativo, la gestión, extensión, investigación y creación. En su historia, la Universidad se ha vinculado a la vida nacional desde sus disciplinas. La profundización de cada saber se reafirma hoy con la creación de las Facultades de Gobierno y de Comunicación e Imagen. Al mismo tiempo, la complejidad de los problemas actuales obliga a hibridar metodologías. El énfasis en la transdisciplina se expresa también en las nuevas carreras de Ingeniería en Recursos Hídricos y de Estudios Internacionales.

Para el encuentro transdisciplinar, se recuperó el proyecto Parque Carén. Se generarán nuevos centros con el resto del Estado, otras universidades, empresas e instituciones internacionales. Uno de ellos es el Centro de Biotecnología y Producción de Vacunas, con el apoyo de Italia, la Unión Europea y, ahora, del Estado de Chile. El Parque Carén, con su sentido de futuro, representa también la defensa del derecho de Chile a hacer ciencia desde Chile.

El Edificio Vínculo será nuestra sede institucional principal. El Centro de Interpretación recientemente inaugurado marca una nueva etapa de relaciones, en especial con escuelas y liceos, e incluye la primera versión de dos museos, junto con el Memorial Trafwe; un anfiteatro; y un Mirador en el Cerro Amapola. La Escuela-Centro Experimental Carén es un nuevo espacio de educación e investigación.

De adolescente viví un año, y de adulto, varios, en Boston, ciudad puerto a orillas del apacible río Charles. La última vez que estuve en Boston con mi padre, él ya mayor, nos encontrábamos en el barrio italiano, a orillas del mar, donde hay un restaurante al lado del

otro. Por alguna razón, en vez, entramos a un emporio, nos armamos unos sándwiches y fuimos a instalarnos a un banco en un jardín contiguo. Para mi sorpresa descubrí que estaba mirando la desembocadura del Río Charles. Tanto tiempo viendo esos botecitos a vela, y nunca me había preguntado en qué lugar desembocaba el río. Quizás uno vive la vida como si fuera un lago y siempre es un río, y el río, la imagen del tiempo y de nuestro transcurrir.

En mi infancia estaba la boca del Bío-Bío, un río muy ancho, como su nombre lo indica en esa lengua que repleta nuestra toponimia y que pareciera que recién ahora empezamos a descubrir. El Bío-Bío –*ancho ancho*– al encuentro del fabuloso oleaje del Pacífico Sur. Como para citar a Neruda sobre el mural: “Y no hay belleza como esta belleza de América extendida en sus infiernos, en sus cerros de piedra y poderío, en sus ríos atávicos y eternos (...)”.

Claro, “los ríos que van a dar a la mar”. Por supuesto, “los ríos que van a dar a la mar”.

Pero para los efectos de invocar ese verso como pertinente a esta ocasión, habría que empezar por aclarar que los ríos no tienen por qué representar exactamente vidas individuales, sino que constituyen más bien, como la idea de caudal sugiere, un colectivo, muchas personas. Y, por otra parte, sin duda que hay significados para la metáfora “mar” infinitamente menos trágicos que el propuesto por Manrique.

Parto entonces por invocar un caudal que hoy llega hasta aquí: Sergio y Momi, Rafael, Alejandro, Rosa, Leonor, Alicia, Claudio, Enrique, Daniel, Heidi, Carlos, Felipe, Flavio, Enrique, Carlos, Silvia, Catalina, Faride, Svenska, Mariela, Alejandra, Juan, Sonia, Pamela, José Miguel, Jo, David, Giorgio, Juan Gabriel, Luis Fernando, Magdalena, Fernando, Ignacio, Pía, Eduardo, Soledad, Carmen, Jorge, Graciela, Cecilia, Natalia, Eduardo, Pablo, Alicia, Simón, Yerko, Pilar, Ivana, Mario, Jorge, Carolina, Andrés, Consuelo, Antonia, Muriel, Juan Pablo, Juan Carlos, Jonás, Jorge, Rodrigo, Alberto, Yismara, Angélica, Patricio, Rodrigo, Anita, Judith, Soledad, Gumercindo, Enrique, Israel, Fernando, Jorge, Oscar, Javier, Eduardo, Felipe, Alejandra, Amaro... y tantos otros

En un manantial más primario e íntimo convergen mi madre, padre, hermanos, nonna, abuela, tíos. Mi mujer Pilar, mi hija Lieta, mi hijo Ennio Stefano y sus familias. Mi nieta Alina.

Y en cuanto al significado de la metáfora *mar*, propondría que *mar* represente la historia, en este caso, la historia de la Universidad de Chile. Sí, porque el mar es, a su vez, una metáfora del infinito. Posiblemente se podría calcular cuántos metros cúbicos tiene el mar, pero es el horizonte inamovible el que siempre lo hace infinito. Asimismo, la historia de la Universidad de Chile es infinita en el sentido intuitivo en que lo son los números naturales: no importa qué número se piense, siempre habrá otro que le siga. No tendría sentido ningún intento por contar las conferencias, las clases, los experimentos, los debates, las personas, los artículos vinculados a la Universidad. Si alguno creyera haber agotado el recuento, bastará con indicarle que olvidó mencionar que Manuel Rojas fue funcionario de Casa Central y, literalmente, vivió en ella por años como lo hicieron muchos otros escritores; o que María Paz Santibáñez siguió siendo la eximia pianista que es después de recibir una bala en el cerebro en las protestas estudiantiles que buscaban poner fin a la dictadura; o que Domingo Santa Cruz, buen jinete colchaguino, logró crear el Instituto Artístico de Estudios Secundarios en la Facultad de Artes gracias a que en un asado campestre le ganó una carrera de caballos al Subsecretario de Educación de la época, quien se oponía tajantemente al Instituto.

Tal como en las demostraciones de la teoría de compartimentos una sustancia marcada difunde al ser vertida en un recipiente con agua, uno puede imaginar que lo realizado en estos años se va incorporando al mar que es la historia de la Universidad de Chile.

Así, en pandemia, ese Hospital que se reestructura y las iniciativas de modelamiento matemático, salud mental o comunicaciones se reconocen en la erradicación de la malaria liderada por Juan Noé o de la desnutrición infantil por Fernando Mönckeberg,

Cuando Parque Carén busca anticiparse a los problemas que enfrentará Chile, se corresponde con la fundación de la Escuela de Salud Pública para crear el servicio Nacional de Salud, o con el propósito que llevó a instalar la Escuela de Agronomía en Quinta Normal.



La preservación de los valores de nuestro Club Deportivo se encuentra con los clásicos de Rodolfo Soto y la gloria del ballet azul.

El Polo Cultural, la sala de conciertos y la plataforma cultural nos retrotraen a la fundación de la Facultad de Bellas Artes en 1929 para institucionalizar la cultural nacional.

El propósito democratizador de la Escuela-Centro Experimental Carén, así como la responsabilidad del DEMRE en los procesos de admisión, se mira en Amanda Labarca, Darío Salas, en la ley de educación primaria obligatoria y el Estado Docente.

La reinstalación de un canal de televisión que aporte a la calidad y al pluralismo evoca los orígenes de la televisión universitaria en 1960.

El despliegue de las políticas de feminismo y género nos evocan a Elena Caffarena y la sala 25 de esta Casa Central, que fuera la sede de la lucha por el voto político femenino.

Asume la rectoría Rosa Devés, amiga a quien quiero y admiro desde hace muchos años. Una mujer excepcional por su integridad, rectitud, inteligencia y capacidad de valorar la vida académica en todas sus dimensiones.

Juvenal Hernández, en la ceremonia de cambio, se dirigió a Juan Gómez Millas en los siguientes términos: “Señor Rector, os hago entrega de la Universidad que es el alma mater del país. El viejo árbol centenario que recibí, símbolo de la ciencia y la inmortalidad, ha seguido creciendo junto a los muros de esta casa, consagrada al estudio de los problemas de la vida, de la naturaleza, de la economía y de la técnica chilenas”.

Rosa, si hacemos caso a Juvenal Hernández, en este momento yo no te estoy haciendo traspaso de un cargo, de una rectoría, sino de una institución. En sus palabras, *te hago entrega de la Universidad*. Como comprendí hace ocho años, conmocionado al escuchar nuestro

Himno con toda la fuerza del Coro y Orquesta en el concierto inaugural, te hago entrega de una Universidad que tiene una fuerza indoblegable.

Tras nosotros vendrán otras rectoras y rectores. La Universidad de Chile seguirá siendo la Universidad de Chile. Infinita.